



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

Septiembre - Octubre 2024

Índice n° 5/2024

2	El ABC del cristiano	<i>G. André; J. Koechlin</i>
6	La comida de Jesucristo	<i>A. Remmers</i>
9	La madre de Timoteo	<i>E.A. Bremicker</i>
12	El cristiano y la familia	<i>M. Billeter</i>
18	Responsabilidad de los padres	<i>C.H. Mackintosh</i>

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

El ABC del cristiano

(Viene de la página 7 del n° 4/2024)

El tiempo (Salmo 90)

“Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan, y volamos” (v. 10).

El tiempo pasa, y nuestra vida vuela con él, “neblina que se aparece... y luego se desvanece” (Santiago 4:14), un breve momento que “pronto pasa”, como nos recuerda nuestro salmo.

Como podemos ver en la Biblia, basta con una cadena de un centenar de personas, de generación en generación, para unirnos al primer hombre. Mucho tiempo a nuestro parecer, pero qué corto es comparado con lo que se nos relata en el primer versículo del Génesis: el principio de la creación, el principio del tiempo. ¿Qué había entonces? “En el principio **era** el Verbo”, se nos dice en Juan (1:1). Hasta donde alcanza nuestra mente, el Verbo **era**, antes de la creación, antes del tiempo. Leemos al respecto: “Tú permaneces... tú eres el mismo” (Hebreos 1:11-12). Él es el eterno e inmutable, que más tarde se reveló al hombre como Aquel

que actúa y gobierna en el tiempo, pero que sigue siendo siempre el mismo, a pesar de tratar con tantas criaturas.

Y si miramos hacia el futuro, más allá del regreso del Señor, más allá de su reinado, más allá del juicio final, encontramos a la misma Persona dominando la escena en el tiempo postrero, cuando Dios será “todo en todos” (1 Corintios 15:28).

¿Qué son nuestros días comparados con eso? “Han sido más ligeros que un correo... pasaron cual naves veloces” (Job 9:25-26). Por eso el salmista añade: “Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría” (Salmo 90:12).

Jóvenes, ¿con qué llenamos estos cortos días que Dios nos ha dado para pasar en la tierra? ¿Hemos encontrado una Guía segura que nos lleve por el camino de la vida, una meta que la domine y le dé su verdadero valor? “**De mañana** sácianos de tu misericordia, y cantaremos y nos alegraremos todos nuestros días” (v. 14). Encontrar al Salvador “de mañana”, darle el primer lugar en el corazón, ¡qué cambio, qué fuente de alegría para todos los días siguientes! En lugar de llenar nuestros años de juventud con las cosas del mundo, en lugar de dejarnos abrumar por la fiebre del estudio, del trabajo, y del placer, en lugar de perseguir con todo

nuestro ser una felicidad ilusoria: ¡sacemos en Aquel cuya misericordia no se detiene ni por lo que somos ni por lo que no somos!

Dar al Señor Jesús el primer lugar en nuestra vida, desde el principio, es la base para una carrera fructífera, para Su gloria. Muchos empiezan bien, pero no continúan del mismo modo, y a menudo terminan mal. La vigilancia es necesaria a lo largo de todo el camino; pero una vida bien encarrilada desde el comienzo se mantendrá, por la gracia del Señor, en el verdadero camino con mucha más facilidad que una vida cuyos primeros años se desperdicien en el mundo o caigan simplemente en la indiferencia.

Al comparecer delante de Faraón en el ocaso de su vida, Jacob, a pesar de tener ciento treinta años, tuvo que confesar: “Pocos y malos han sido los días de los años de mi vida” (Génesis 47:9). Sin embargo, habían sido largos, llenos de diversas aventuras, viajes y luchas, riquezas adquiridas y mucho trabajo; pero para Dios, solo contaban los años vividos con él: eran muy pocos. Todos los demás se perdieron sin retorno.

Cuatro ocupaciones principales llenan nuestros días: dormir, comer, trabajar y ocupar el «tiempo libre». Todo se puede hacer con Dios y para él. Es él quien “a su amado dará... el sueño” (Salmo 127:2). Ya sea que comamos o bebamos, podemos

hacerlo todo para la gloria de Dios (1 Corintios 10:31). Y en cuanto a nuestro trabajo, se nos dice: “Todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús” (Colosenses 3:17). ¿Qué hacemos con nuestro tiempo libre, que a menudo es tan corto? Sobre todo, debe servir para renovar las fuerzas morales y físicas necesarias para realizar nuestra tarea diaria y el trabajo que el Señor nos confíe.

La mañana nos recuerda el maná (Éxodo 16) que cada israelita en el desierto tenía que recoger antes de que saliera el sol. Es esencial alimentar nuestras almas con la Palabra “cada mañana” (v. 21); debemos tomarnos el tiempo; a menudo es un esfuerzo, un gran esfuerzo, pero vale la pena; nuestra salud espiritual depende de ello. Si solo tuviéramos este momento libre de todo el día, ¿no deberíamos dedicarlo a “sentarnos a los pies de Jesús”? (véase Lucas 10:38-42). Entonces, “De mañana oírás mi voz... me presentaré delante de ti, y esperaré” (Salmo 5:3).

A mediodía, un momento de recogimiento y oración será una pausa beneficiosa en el “calor del día” (Mateo 20:12). Daniel oraba tres veces al día (Daniel 6:10). Los sábados y domingos por la tarde solemos tener tiempo libre. Qué importante es pasarlo con el Señor, para no dejar de congregarnos, para dedicar el tiempo suficiente a nuestra familia, al cuidado de los demás

y al servicio que el Señor quiere encomendarnos, y también para saber estar a solas en ocasiones, como Jesús en el monte (Juan 6:15). Para los que viven con el Señor, el día no terminará sin la lectura **personal** de la Palabra, y la oración, en la medida de lo posible. Y aunque el tiempo libre debe utilizarse principalmente para alimentar nuestras almas, no debemos descuidar nuestro cuerpo (1 Tesalonicenses 5:23). Pero no olvidemos que el domingo es el **día del Señor**, un día de adoración, servicio y descanso.

«Una vida bien alimentada es una vida bien realizada», dijo alguien una vez. Los años pasan, pero ¿qué queda de ellos? Un día toda nuestra vida se manifestará a la luz de la presencia de Dios; tendremos que dar cuenta de todo. Entonces entenderemos cómo todo lo que no era de él y para él fue una pérdida: ¡una pérdida para la eternidad!

“Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría” (Salmo 90:12).

G. André

A un joven conductor

«Es al volante donde el viejo hombre suele manifestarse», comentó un amigo cristiano cuando nos bajamos de mi coche. «¡Y es muy mal conductor!»

Asentí sin pensarlo: «Es cierto, los ancianos no deberían conducir más; no tienen suficientes reflejos, se arrastran por las carreteras...».

Mi amigo me detuvo: «¿No ves a quién me refiero? Recuerda el viaje que acabamos de hacer. De hecho, varias personas han manejado el volante. Primero me condujo un hombre **insubordinado** y transgresor de la ley. Te has saltado un semáforo que acababa de ponerse en rojo. Luego has atravesado el pueblo a casi 90 km/h. En cuanto a la línea continua, la has cruzado tres o cuatro veces».

— Con el debido respeto, interrumpí. Muchas de estas normativas son excesivas; todo el mundo las incumple en mayor o menor medida.

— Sin embargo, existen, y los primeros en respetarlas deberían ser los cristianos. ¿Cómo podemos tener la libertad de pedir al Señor que nos proteja de los accidentes de tráfico si no nos sometemos a las reglas de las autoridades que Dios ha establecido precisamente para protegernos? (Romanos 13:1). Al someternos, nuestro testimonio será más notorio por ser la excepción.

Después me llevó un hombre **impaciente**. Ese camión maloliente al que habías seguido durante diez minutos te puso los nervios tan a flor de piel que terminaste por adelantarlo en condiciones más que dudosas.

Luego tuvimos la carrera contra ese coche menos potente que intentaba rebasarte. Qué orgulloso estabas de tus acrobacias. Me has recordado a Jehú que conducía “impetuosamente” (2 Reyes 9:20). Al mismo tiempo me he dado cuenta de que eres un poco **vanidoso**. No conocía esa faceta tuya. Ahora, permíteme advertirte, con todo el afecto de un anciano en la fe, contra este amor propio del conductor y esta pasión por la velocidad que es parte de lo que la Biblia llama **la vanagloria de la vida**. Los pone a ti y a los jóvenes que actúan como tú en gran riesgo. Pero tu vida no es tuya, y menos la de los demás, como para arriesgarlas con esos excesos tan atrevidos. ¿Quieres terminar tus días con el permanente remordimiento de haber empujado a la eternidad a un alma que quizás no era salva?

Y, finalmente, hemos tenido ese pequeño accidente en la ciudad de regreso a casa. Por supuesto, la culpa ha sido del «adversario», una palabra que en el lenguaje de los seguros traduce bien lo que ese hombre es ahora para ti, mientras que podría ser un cristiano, un hermano. Nunca te había visto de tan mal humor.

— ¡Pero date cuenta! Ese torpe me ha rayado un lado del coche, ha hecho una rayada en la pintura...

— ... Y debajo del barniz de un niño bien educado aparece la irascibilidad del hombre natural, que

es más desagradable que un coche averiado. Nuestra gentileza debe ser conocida de **todos** los hombres (Filipenses 4:5), incluidos los demás usuarios de la carretera. Lo ves, mi querido amigo, no hemos tenido que andar juntos mucho tiempo para que se expongan los rasgos más prominentes de la vieja naturaleza indomable. Estoy seguro de que a partir de ahora los notarás cuando intenten manifestarse. Santiago señala en el capítulo 3 de su epístola que el hombre sabe cómo hacer obedecer a los caballos más fieros, cómo gobernar las naves más grandes, cómo domar toda naturaleza de bestias, pero que no es dueño de su lengua, ni de su carácter. ¿No es sobre todo «la naturaleza humana», como él la llama, la que ha permanecido en estado salvaje? Es el «viejo hombre», al que la civilización, si bien le ha dado nuevos medios de expresión (y también de dominio sobre sus semejantes) no ha cambiado en absoluto. Este viejo hombre, irascible, insubordinado, egoísta, insoportable, lo encontrarás en ti en cada cruce, en cada pueblo, en cada atasco, con sus múltiples caras. ¿Qué hacer con él? Es sencillo: quitarle el **permiso de conducir**. Deja que otra Persona tome el volante; alguien que también será un maravilloso compañero de viaje. Si el tiempo de espera en el semáforo se emplea en hablar con Él, no será tiempo perdido. Por el contrario, meditando en lo que te

falta y pidiendo al Señor que te lo dé, cada molestia, cada incidente en el camino, se transformará milagrosamente en una pequeña lección provechosa, en una oración, en una victoria. Recuerdo a un hermano que llamaba a su coche su «maestro de paciencia». Le daba «por la mañana y por la tarde una hora de lección con ejercicios prácticos».

Tuve que admitir que había fallado el examen; tenía el permiso, pero no sabía conducirme a mí mismo. Lo que hacía al volante, lo hacía también en la vida cotidiana. Era urgente que aprendiera a conducir, o más bien que cambiara de conductor. Que el nuevo hombre tome y mantenga las palancas de control, y que el viejo hombre ocupe y mantenga el lugar que, según la Escritura, le corresponde: «el lugar del muerto».

J. Koechlin
(Continuará)

La comida de Jesucristo

“Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis... Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Juan 4:32, 34).

En el camino de Judea a Galilea, los discípulos acabaron de regresar de un pueblo cercano donde compraron comida. Invitaron al Señor a comer de lo que habían traído. Esto le dio la oportunidad de enseñarles sobre una comida que no conocían. Eran sus discípulos, habían creído en él y nacido de nuevo, pero esta comida les era desconocida. Pensando solo en la comida material, se preguntaron: “¿Le habrá traído alguien de comer?” (v. 33).

Todo ser humano necesita comida, y normalmente come de buena gana. Nadie puede ni quiere vivir sin comer. Lo que el Señor Jesús dijo aquí nos permite mirar profundamente en el corazón de Aquel que fue enviado por Dios Padre. Dios envió a su Hijo al mundo “para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:17). Y Jesús dijo: “El Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar” (12:49; compárese con 14:24). Cumplir todo esto en perfección fue la comida del Hijo de Dios hecho hombre en el mundo.

El Señor no solo está hablando de obediencia. Bajo la ley, que los discípulos aún conocían y observaban, se trataba de hacer la voluntad de Dios en absoluta obediencia. Esto es también lo que hizo el Señor Jesús. Él nos dio el ejemplo de obediencia perfecta e ilimitada, que ningún otro hombre jamás

podría lograr. No vino para abrogar la ley o los profetas, sino a cumplir las Escrituras (véase Mateo 5:17). Sin embargo, en Él no solo había obediencia a las ordenanzas de la ley. Para Él, la voluntad de Dios implicaba mucho más.

Como hombre, nuestro Señor aprendió la obediencia. Era algo completamente nuevo para él. Como el Hijo eterno de Dios, por quien todas las cosas fueron creadas, no conoció la obediencia. Fue Él quien “dijo, y fue hecho; Él mandó, y existió” (Salmos 33:9). Pero como hombre, “aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia” (Hebreos 5:8). Ya vemos esto en su tentación en el desierto (véase Mateo 4:1-10). Un sufrimiento insondable fue el precio de su obediencia, desde el principio hasta el final de su camino en la tierra.

Así Cristo cumplió la voluntad de Aquel que lo envió. Su obediencia se caracterizó por una completa devoción a su Dios y Padre. Él “se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8). Él obedeció incluso cuando se trataba de la muerte. Fue una dedicación perfecta.

Este carácter de la obediencia de Cristo se nos presenta en el pasaje de Juan 4:32, 34. Su comida era hacer la voluntad de Aquel que lo envió y acabar su obra. Tal

comida para el corazón y para el alma era hasta ahora desconocida para los hombres. Solo el Señor la conoció en perfección y la disfrutó. La “**voluntad**” de quien lo envió fue el elemento determinante en su vida. No conoció otra voluntad que la de su Padre, también en Getsemaní y en la cruz. “**Su obra**” fue la revelación de Dios al mundo y trabajó para glorificarlo en su vida sobre la tierra. También fue el cumplimiento de la obra de expiación en la cruz, para que Dios fuera plenamente glorificado y los pecadores perdidos pudieran ser salvo, como la mujer con la que acababa de hablar. Todo era parte de su servicio como hombre, y lo hizo con total dedicación. Era su comida espiritual y la fuente de su fuerza, e incluso su delicia, hacer la voluntad de Aquel que lo había enviado. Y así caminó por la tierra en perfecta armonía y completa unidad con su Padre. Su corazón estaba lleno del cumplimiento de la complacencia de Dios.

¡Pero qué precio tan inmenso pagó por esta dedicación a su Dios y Padre, esta obediencia hasta la muerte! Por la voz profética le oímos decir: “Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche, mientras me dicen todos los días: ¿Dónde está tu Dios?” (Salmo 42:3). “Porque mi alma está hastiada de males, y mi vida cercana al Seol” (Salmo 88:3). ¿Quién podría sondear el precio

exigido por su dedicación a Aquel que lo envió? Isaías 49 nos permite echar un vistazo a los sentimientos de su corazón: “Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas; pero mi causa está delante de Jehová, y mi recompensa con mi Dios” (v. 4).

Sin embargo, a pesar de todos sus sufrimientos, no se dejó desviar de su objetivo. Por eso bebió enteramente la copa que el Padre le había dado a beber. Finalizada la obra de la redención, se cumplió la palabra profética: “Verá el fruto de la aflicción [o trabajo (V.M.)] de su alma, y quedará satisfecho” (Isaías 53:11). El trabajo implicado en la dedicación a su Dios y Padre está terminado para siempre. No fue en vano. El Hijo perfectamente obediente puede ver el fruto que satisface su alma, ahora y en la eternidad. En el versículo anterior (v. 10), no solo “verá linaje” después del sacrificio cumplido, sino también “la voluntad de Jehová será en su mano prosperada”. Como el grano de trigo que cae en tierra, “lleva mucho fruto” por su resurrección (Juan 12:24). Este fruto será la comida con la que estará eternamente satisfecho. Conocía la comida que consistía en cumplir el beneplácito de Dios. Pero vació el amargo cáliz de los sufrimientos expiatorios y conoció la amargura de la muerte. Nunca debemos olvidarlo cuando contemplamos sus

sufrimientos. Ya disfruta ahora —y disfrutará después del regreso del futuro remanente judío— del fruto del trabajo de su alma, que representan para Él todos sus redimidos.

Reconozcamos que, en nuestra vida diaria, la obediencia a veces nos resulta difícil, ya sea para los niños frente a sus padres o para todos nosotros en nuestra relación con Dios. Y cuando obedecemos, puede ser de mala gana. Hacemos algo por obediencia, sin estar realmente de acuerdo con ello. Dios quiere que tengamos otra actitud. Filipenses 2 nos presenta a Cristo como modelo: “*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*” (v. 5-8).

¡Que su “sentir” esté en nosotros! Una obediencia basada en una dedicación total y un amor verdadero.

A. Remmers

La madre de Timoteo

Una fe sincera y la Palabra de Dios

Un colaborador excepcional de Pablo

Timoteo fue el colaborador y compañero de viaje de Pablo con el cual tuvo una relación particularmente estrecha. Lo llamaba “hijo” e “hijo mío” (1 Timoteo 1:18; 2 Timoteo 2:1). En la epístola a los Filipenses testificó que sirvió con él en el Evangelio “como hijo a padre” y que nadie como él “tenía del mismo ánimo” y se interesara por los creyentes y las iglesias (Filipenses 2:20, 22).

Podemos preguntarnos quién era ese hermano del que Pablo podía dar tal testimonio. La Biblia nos da algunas indicaciones sobre esto. Timoteo es mencionado por la primera vez cuando Pablo pasó de Derbe a Listra, al principio de su segundo viaje misionero. Allí aprendemos algo concerniente a sus padres: “Había allí cierto discípulo llamado Timoteo, hijo de una mujer judía creyente, pero de padre griego; y daban buen testimonio de él los hermanos que estaban en Listra y en Iconio” (Hechos 16:1-2). En la segunda epístola a Timoteo, Pablo menciona a su madre y a su abuela, nombrándolas: Eunice y Loida. La una como la otra estaban caracterizadas por una “fe

no fingida” (1:5). Un poco más adelante en la misma epístola el apóstol recuerda a Timoteo que “desde la niñez” conocía “las Sagradas Escrituras” (3:15).

No se nos dice por qué esta mujer judía había contraído matrimonio con un hombre griego, y cuál era la actitud de este frente a la fe. No debemos hacer suposiciones sobre ello. Pero la Biblia nos muestra cómo esta madre había ejercido una influencia positiva sobre su hijo. Por un lado, Timoteo estaba caracterizado por una “fe sincera”, una fe que no es una apariencia expresada, y por otro lado, su madre lo había claramente instruido en las Santas Escrituras.

Sobre estos dos puntos deseamos ocuparnos, aplicándolos a nosotros mismos en el tiempo presente. Nuestros hijos y nietos ¿son criados en una atmósfera marcada por una fe sincera y por la Palabra de Dios?

Una fe sincera

“Trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también” (2 Timoteo 1:5).

La abuela, la madre y el hijo estaban caracterizados por una fe sincera. Esta fe no solo existía sino que **moraba** en estas personas; se encontraba sólidamente establecida en ellas.

Aquí no se trata de la fe que es el punto de partida de la vida cristiana, sino de la fe que está activa cada día de nuestra vida. No solamente somos salvos por la fe, sino que vivimos continuamente en la fe y por la fe. La fe nos une al mundo invisible de Dios y hace que las realidades del cielo sean nuestra posesión presente. Así podemos vivir sobre la tierra como hombres celestiales permaneciendo en contacto con las cosas que están arriba. “Porque por fe andamos, no por vista” (2 Corintios 5:7). Pedro escribe mencionando al Señor Jesucristo: “...a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso” (1 Pedro 1:8).

Dirigiéndose a Timoteo, Pablo no se limita a hablar de la fe de esas tres personas, sino que la describe como una “fe no fingida”, es decir una fe sincera. No se trata de una fe que usamos para tener buena apariencia no correspondiendo a la realidad. Una fe sincera se muestra tal como es realmente.

Es un ejemplo que nos habla y estimula. Tanto en nuestra vida personal como en nuestra vida de familia, esta fe verdadera y sincera debe estar en actividad. Ya sea en nuestros pensamientos, en nuestras palabras o en nuestro comportamiento, debemos ser rectos y sinceros. Seamos diligentes en mostrar realmente lo que somos.

Un cristiano no debe utilizar una máscara.

La fe y la vida de fe es algo muy personal. La fe no se hereda. Sin embargo, Dios desea que, en nuestras casas, la fe se desarrolle y continúe de manera que motive a aquellos que nos siguen. En la familia de Timoteo, por lo menos con respecto a Loida y Eunice, reinaba un buen clima espiritual. La madre había aprendido de la abuela, y el joven Timoteo tenía bajo los ojos dos ejemplos que lo instruían. Tal clima es una condición esencial para el crecimiento espiritual de nuestros niños y jóvenes. Los niños miran a sus padres. Pueden discernir muy rápido si la fe de su padre o madre es fingida o verdadera. Notan muy rápido si somos cristianos de domingo que, desde el lunes se comportan diferentemente de lo que Dios espera de los creyentes. El ejemplo de Eunice y Loida nos anima a tener y a mostrar una fe sincera.

Las Santas Escrituras

“Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:15).

Aún una vez, aunque de manera diferente, Pablo menciona a su joven colaborador aquellas de quien descende. En la casa de su madre y de su abuela, la fe no

era solamente vivida sino también enseñada. Las dos cosas van juntas. Hablar sobre la fe no tiene sentido si no la ponemos en práctica y la mostramos en nuestra vida. Si no es así nos parecemos a los escribas y fariseos de los cuales el Señor tuvo que decir: “Todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen” (Mateo 23:3).

“Desde la niñez”: La palabra utilizada por el apóstol hace alusión a un niño pequeño. Timoteo fue familiarizado con las “Sagradas Escrituras” desde niño; su madre y abuela le hablaron de ellas. Nunca será demasiado temprano para familiarizar a nuestros hijos con la Biblia. Ya en el Antiguo Testamento Dios había dado instrucciones sobre esto (véase en particular Deuteronomio 6:7; 11:19-21).

Las “Sagradas Escrituras” que Pablo menciona en el versículo 15 eran, por supuesto, el Antiguo Testamento. Era lo que esta madre y esta abuela tenían a disposición cuando Timoteo era niño. Pero en el versículo siguiente le habla de que “toda la Escritura es inspirada por Dios”, y nos dice que ella es “útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (v. 16). Para nosotros significa la Biblia entera.

La llamamos las Santas Escrituras o Sagradas Escrituras. La

palabra “Santa” ocupa el lugar correcto. Evoca la excelencia de este libro único e incomparable. “Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21). Sin duda estamos agradecidos en poseer buenos comentarios bíblicos. Pero nada puede ser comparado a las Santas Escrituras, a la Palabra de Dios. Ella sola es perfecta y segura. “La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo” (Salmo 19:7).

Preguntemos qué parte tiene efectivamente la Palabra de Dios en nuestra vida personal y de familia. ¿Qué lugar le damos en nuestras casas? Nuestros niños y jóvenes ¿aprenden desde temprana edad a conocer el valor de esta Palabra? ¿Notan ellos nuestro respeto por ella? ¿Les comunicamos algo de la hermosura y del valor de la Palabra de forma adaptada a sus edades? ¿Saben ellos que es nuestro alimento espiritual indispensable? Y sobre todo ¿los ponemos en contacto con Aquel que es el punto central de toda la Escritura, el Señor Jesús mismo? Si esto es hecho con una “fe sincera”, para ellos será una buena indicación del camino a seguir.

E.A. Bremicker

El cristiano y la familia

(Viene de la página 106)

2. La diferencia entre varón y mujer

Pasemos ahora al segundo principio importante. En un matrimonio cristiano, el propósito que Dios dio al hombre y a la mujer también debe ser visible. En Génesis 1:27 leemos que Dios creó al hombre y a la mujer, es decir, varón y hembra los creó. Dios establece deliberadamente distinciones entre el hombre y la mujer. Un hombre es un hombre y una mujer es una mujer. Las diferencias no son solo externas. También conciernen a la **esencia**. El hombre tiene una naturaleza diferente a la de la mujer. En relación con esto, el hombre tiene **tareas** diferentes a las de la mujer. Satanás intenta hoy difuminar totalmente las diferencias; pero como cristianos también tenemos que ser testigos ante el mundo a este respecto. Veamos un poco más de cerca estas diferencias en las tareas.

Leemos en 1 Corintios 11:3-5: “Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón... Todo varón que ora o profetiza con la cabeza cubierta, afrenta su cabeza. Pero toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, afrenta

su cabeza; porque lo mismo es que si hubiese rapado”. Los versículos 14 y 15 continúan diciendo: “La naturaleza misma ¿no os enseña que al varón le es deshonesto dejarse crecer el cabello? Por el contrario, a la mujer dejarse crecer el cabello le es honroso”. Aquí tenemos ante nosotros un pasaje que nos muestra claramente la diferencia que Dios establece entre el hombre y la mujer. Por supuesto, este capítulo no trata principalmente del matrimonio, sino de una comparación general del hombre y la mujer. Primero vemos los pensamientos generales de Dios sobre este tema, pero luego podemos aplicarlos al matrimonio cristiano y a la vida familiar cristiana.

Para evitar malentendidos, conviene subrayar que la diferencia entre el hombre y la mujer que se muestra en este capítulo no es una **diferencia de valor**, sino una **diferencia de esencia** y una **diferencia de tareas**. Las diferencias de valor no existen con Dios, pero las diferencias de naturaleza y de tareas deberían ser visibles en nuestros matrimonios y ser así un testimonio para Dios.

a) *El varón*

¿Qué se dice del hombre? Cristo es la cabeza de todo varón. Esto expresa dos cosas. En primer lugar, los maridos y padres cristianos deben mostrar en su vida que están

sujetos a Cristo, es decir, que quieren obedecerle. Ante todo, esto es un testimonio para nuestros hijos, pero más allá de eso, es también un testimonio para el mundo. En segundo lugar, ahí reside la idea de que el varón es dirigido por Cristo como su Cabeza. En todo debemos preguntar a nuestro Señor qué debemos hacer. Si Cristo es realmente nuestra cabeza, esto no solo será audible en nuestras palabras, sino sobre todo visible en nuestros actos.

Pero el varón es también la cabeza de la mujer. Ahí radica la idea de **liderazgo** y **nutrición**. El marido dirige y nutre a su mujer y a su familia. Él los representa ante el mundo exterior. En Génesis 18 vemos esto con Abraham. Cuando Dios mismo vino de visita, Abraham estaba sentado a la puerta de su tienda. Ese es —en sentido figurado— el lugar y también la tarea del hombre. Nosotros hombres no queremos eludir nuestras tareas, queremos hacerlas con gusto. Por otro lado, nuestras esposas no deben tratar de invadir las áreas de responsabilidad de los hombres. Satanás también intenta convertir estos pensamientos de Dios en lo contrario en la práctica, y debemos tener cuidado de no dejarnos contagiar por las acciones de la gente que nos rodea.

Hay, por ejemplo, familias cristianas en las que la mujer da las

gracias porque el hombre es demasiado tímido. Sin embargo, orar en público es siempre tarea del hombre y no debemos evitarlo ni delegarlo en nuestras esposas.

El hombre es además responsable de la comida en su casa. Esto concierne en primer lugar a las cosas materiales. Todo hombre debe ser capaz de mantener económicamente a su familia. No estamos hablando aquí de circunstancias especiales que puedan surgir, sino del principio general de Dios que es válido y que no queremos anular a la ligera. Sin embargo, no podemos limitar la comida al ámbito material. También pensamos en las necesidades espirituales de nuestras familias. ¿Somos los hombres capaces de dar espiritualmente a nuestra mujer y a nuestros hijos lo que necesitan? Esto requiere que seamos espiritualmente «autosuficientes», que reconozcamos, respondamos y satisfagamos las necesidades de los miembros de nuestra familia.

A continuación, en el capítulo 11 de 1 Corintios, el apóstol Pablo nos muestra dos marcas externas de la posición del hombre cristiano. En primer lugar, cuando ora, no debe llevar la cabeza cubierta. Hace años era común que ningún hombre asistiera a un servicio de adoración con la cabeza cubierta; sin embargo, hoy en día esta admonición es bastante pertinente y

debemos prestarle atención. En segundo lugar, el hombre no debe dejarse crecer el cabello. Ahora, uno podría objetar que esto es realmente un asunto de apariencias externas, que no son tan esenciales. Por supuesto, aquí se abordan las apariencias externas, pero Dios no lo hace sin una razón. La apariencia externa también forma parte del testimonio que damos, y la gente del mundo nos juzgará por ella. Lo exterior y lo interior deben coincidir en nosotros. Sin mostrar un espíritu de legalismo, no debemos seguir sin cuestionar todas las tendencias de la moda del mundo.

b) *La mujer*

En primer lugar, se nos presenta el hecho de que tiene al marido como cabeza. Esto deja claro que adopta una posición de sumisión y se deja dirigir por su marido. Cuando una mujer cristiana observa esto, no solo proporciona una vida familiar feliz, sino que al mismo tiempo es un testimonio vivo para Dios en este mundo.

Según el pensamiento de Dios, el lugar de la mujer está más bien en el ámbito interior. Volvamos a Génesis 18, en el cual Dios visitó a Abraham. Allí le preguntó específicamente dónde estaba Sara. ¿No lo sabía Dios? Lo sabía; pero como es importante para nosotros, se hace la pregunta. La respuesta fue que Sara estaba en la tienda. Somos

conscientes de que especialmente nuestro tiempo hace difícil que las mujeres vivan de acuerdo con estas pautas, pero hay una rica bendición si lo hacen.

Llegados a este punto, unas palabras especiales se dirigen a los padres que tienen niñas. Los hijos y las hijas son un regalo especial de Dios. Si el Señor nos da niñas, es nuestra responsabilidad criarlas también para que sean verdaderas mujeres. Asimismo, es necesario criar a un niño para que sea un hombre. Sin embargo, criar a una niña para que sea una mujer no es nada fácil en el mundo actual. La tendencia a formar a las jóvenes en profesiones típicamente masculinas se ha vuelto muy común. Por eso no es tan fácil criar bien a las niñas. Se empieza con los juguetes, se sigue con las actividades de ocio y se termina con la elección de la profesión. Hay muchas profesiones en las que está claro desde el principio que una mujer cristiana no puede desempeñar su carga porque, por ejemplo, tendría que gobernar a hombres que le están subordinados.

Está claro que tenemos ante nosotros un terreno difícil y no queremos decir demasiado. En todo podemos pedir sabiduría al Señor. No obstante, con todo cariño, pero también con toda seriedad, queremos señalar que no es bueno que las mujeres asuman una profesión que no les dé la oportunidad

de corresponder a su posición de mujeres cristianas. Si tal situación se produce de forma involuntaria, eso es ciertamente otra cosa.

Dos marcas externas caracterizan también a las mujeres cristianas. Estas marcas no fueron inventadas por los hombres, sino que Dios nos las proporciona. En primer lugar, cuando una mujer ora o profetiza, debe cubrirse la cabeza. En segundo lugar, deja crecer su cabello, es decir, que le crece libremente. Aquí solo presentamos los principios de Dios. La Palabra de Dios es sencilla y clara, y no necesitamos discutir largo y tendido para averiguar lo que está permitido y lo que no. Nos inclinamos ante la Palabra de Dios con toda sencillez y hacemos lo que él nos dice.

3. La relación entre padres e hijos

El tercer y último principio que queremos analizar se refiere a la relación entre padres e hijos. Efesios 6:1-4 dice: “Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra. Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en la disciplina y amonestación del Señor”. Aquí tenemos directivas para los padres —y por tanto

indirectamente para las madres— y para los hijos. Se dirige a cada uno personalmente, y hacemos bien en prestar atención a lo que se aplica a nosotros.

A los niños se les dice primero: “Obedeced... a vuestros padres”. Puede que este principio no esté de moda, pero es divino. Al obedecer, nuestros hijos son un testimonio para su Señor. No se trata aquí de una obediencia forzada, sino de que los hijos hagan con alegría lo que dicen sus padres. Los hijos obedientes siguen a su Señor porque él es su ejemplo. Cuando vivía como hombre en esta tierra, se dice de él, el Creador de todas las cosas: “Y estaba sujeto a” sus padres (Lucas 2:51).

En segundo lugar, a los hijos se les dice: “Honra a tu padre y a tu madre”. En general, los padres ya no dan a sus hijos adultos órdenes que deban obedecer. Lo que queda es, que los hijos deben honrar a sus padres. Esto nos habla a todos. En circunstancias como cuando los padres han envejecido y tal vez estén enfermos, nos resulta difícil honrarlos. Honrarles significa visitarles, llevarles alegría, ayudarles cuando lo necesitan. Incluso si han muerto, no dejamos de honrarles y de hablar bien de ellos. Recordemos que incluso en este asunto podemos ser testigos para Dios, porque en este mundo a menudo prevalecen otros hábitos.

A continuación se dirige a los padres. En primer lugar, se les pide que no provoquen a ira a sus hijos. Si reaccionamos carnalmente, puede ocurrir fácilmente que provoquemos la ira de nuestros hijos y los desanimemos. También los provocamos a la ira cuando les pedimos demasiado, exigencias a las que no pueden hacer frente. Ahí reside un gran peligro para nosotros los padres. Nuestros hijos no son perfectos y por ello necesitan ser **criados**. Un niño de diez años aún no es un adulto y se comportará de forma diferente en consecuencia. Debemos tener esto en cuenta. Comportándonos de forma controlada con nuestros hijos, podemos ser testigos para Dios.

En segundo lugar, es tarea de los padres criar a sus hijos en disciplina y amonestación del Señor. Disciplina y amonestación son los principios divinos de la educación de Dios con nosotros, y los mismos principios aplicamos en la instrucción de nuestros hijos. Disciplina no significa principalmente castigo corporal, aunque también está incluido. Disciplina significa en primer lugar establecer barreras mediante las cuales se impida a nuestros hijos descarriarse. Dios ha puesto en la naturaleza de los niños la búsqueda de límites, y nosotros debemos establecerlos para ellos. Si somos laxos en esto, nuestros hijos se vuelven revoltosos y con ello dañan el testimonio para el Señor.

Si la disciplina se refiere a lo que los niños no deben hacer, la amonestación tiene que ver con decirles a nuestros hijos lo que deben hacer. Amonestar significa mostrar el buen camino. Quienes solo muestran a sus hijos lo que no deben hacer dan lugar a que se desanimen. Ambas partes, disciplina y amonestación, deben estar en equilibrio.

En este mundo se aplican otros principios de crianza, si es que aún se puede hablar de crianza. ¡Qué testimonio pueden dar las familias cristianas en las que se mantienen principios piadosos!

La actitud de nuestro corazón

Tratemos ahora acerca de la actitud de corazón con la que podemos vivir los pensamientos divinos sobre el matrimonio y la familia.

El apóstol escribe sobre **las mujeres** en 1 Pedro 3:3-4: “Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios”. Esta debería ser la actitud del corazón de nuestras mujeres.

El mundo se adorna exteriormente, las mujeres cristianas adornan su ser interior, con un espíritu afable y apacible. Por supuesto, las mujeres son diferentes por

naturaleza. Hay mujeres temperamentales, y hay mujeres calmadas y tranquilas. Pero no se trata aquí de disposiciones naturales, sino del espíritu afable y apacible, que solo el Señor Jesús puede hacer surgir como cualidad y virtud divinas, en testimonio para este mundo.

1 Pedro 3:7 se dirige a **los maridos**: “Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida”. La frase crucial aquí es “dando honor a la mujer”. Esta debería ser la actitud de corazón de los maridos. Damos honor a nuestras esposas porque son vasos más frágiles, porque son vasos femeninos, porque son coherederas de la vida eterna. Pero lo hacemos especialmente porque son nuestras mujeres. Dios nos las ha dado como un don, y por eso les damos honor.

Es de gran felicidad para un matrimonio y una familia cristianos cuando marido y mujer viven los principios de Dios con esta actitud de corazón, y al mismo tiempo es un poderoso testimonio para Él en este mundo.

Sobre la relación entre **padres e hijos** leemos en Génesis 22: “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas... Entonces habló Isaac a Abraham su padre, y dijo: Padre mío. Y él respondió: Heme aquí, mi hijo... E iban juntos” (v. 2, 7-8).

Vemos la actitud correcta del corazón de los padres en Abraham. **Amaba** a su hijo. Los hijos necesitan ver y sentir que sus padres les aman, y sin condiciones. La gente de este mundo también lo percibirá. Apreciamos la actitud correcta del corazón de los hijos en Isaac. Su comportamiento se caracteriza por la **confianza**. Los hijos deben confiar en sus padres. Este sentimiento es la base de una relación feliz entre ambos.

En el mundo, y desgraciadamente también en el cristianismo, se habla de problemas familiares y generacionales. Sin duda, estos problemas existen. Pero no tiene por qué ser así. Incluso en nuestros días, lo que leemos en la historia de Abraham aún puede hacerse realidad: “E iban juntos”. ¡Qué felicidad para los hijos cuando tienen padres que les acompañan en su camino, y qué alegría para los padres cuando hay armonía y acuerdo con los hijos! Esta feliz unión no tiene por qué terminar ni siquiera cuando ellos se independizan y forman su propio hogar. A través de una vida familiar moldeada por los principios de Dios, apoyamos el Evangelio más de lo que podríamos pensar. Por supuesto que las palabras son importantes. Pero si no están respaldadas y confirmadas por nuestro comportamiento, de poco sirven. Dios nos da una oportunidad única en nuestras familias de ser testigos para Él en este mundo.

¿No queremos aprovechar esta oportunidad?

M. Billeter

Responsabilidad de los padres respecto a sus hijos

*“Instruye al niño en su camino,
y aun cuando fuere viejo no se
apartará de él”* (Proverbios 22:6).

Todo lo que concierne a la educación cristiana se resume en dos frases cortas:

— Contar con Dios para sus hijos;

— Criarlos para Dios.

El primer precepto sin el segundo es anarquía; el segundo sin el primero es legalismo. Los dos juntos, esto es el cristianismo sólido, simple y práctico. Es el privilegio de todos los padres cristianos de contar con Dios con toda confianza para sus hijos. Sin embargo, en el gobierno de Dios hay un vínculo inseparable entre este privilegio y la responsabilidad en cuanto a la educación de los hijos. Es una ilusión para los padres decir que cuentan con Dios para la salvación de sus hijos y guardarlos en la rectitud moral en sus futuras

carreras en este mundo, mientras descuidan sus deberes de criarlos para Dios.

Insistimos solemnemente en esto con todos los padres cristianos, especialmente los padres jóvenes. Hay un gran peligro de no querer asumir nuestro deber hacia nuestros hijos, descargando nuestra responsabilidad sobre otros o descuidándola por completo. No queremos aceptar las preocupaciones que esto implica, y nos alejamos de las inquietudes constantes que esta educación trae consigo. Pero veremos que las inquietudes, las preocupaciones, las penas y la amargura del corazón resultantes del descuido de nuestros deberes de padres serán mil veces peores que todo lo que implica el cumplimiento de esta noble tarea.

Para cada cristiano que ama a Dios en verdad, hay una profunda alegría al caminar en el sendero del deber. Por cada paso dado en este camino, podemos contar con los recursos infinitos que tenemos en Dios cuando guardamos sus mandamientos. Basta acostumbrarnos, día tras día, hora tras hora, a ir a los tesoros inagotables de nuestro Padre; recibiremos todo lo que es necesario para nosotros en gracia, sabiduría y poder moral a fin de ser aptos para ejercer las funciones sagradas relacionadas con nuestras responsabilidades de padres cristianos.

C.H. Mackintosh

Enséñanos de tal modo a contar nuestros días,
Que traigamos al corazón sabiduría.

Salmo 90:12

Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió,
y que acabe su obra.

Juan 4:34

Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso.

1 Pedro 1:8

Vosotros, maridos... vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida.

1 Pedro 3:7

Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él.

Proverbios 22:6

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **20 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2022-23. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Usar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced).
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euro en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
